

# EL PORVENIR DEL OBRERO

Mahón 14 Diciembre 1906

## Cartas de propaganda

VI y última

### A los trabajadores republicanos en general.

Emprendí esta serie de cartas con propósito de aplicar el criterio libertario á los sucesos que fueran ocurriendo; pero nuevas obligaciones, á consecuencia de nuevas penas, me impiden continuar. No termino, interrumpo no más, mis relaciones con los lectores de este buen semanario, mas como final de esta serie, quisiera yo tratar un asunto que hiciera mella en vuestro atavismo, deseo derribar de una vez la rutina que os sujeta, que os priva de desarrollar vuestro pensamiento y de ejercitar vuestra voluntad, y... buscando, buscando, me ha ocurrido este pensamiento, ¡ojalá surtiera el efecto deseado!

Figuraos que vivierais en el año 300, y que fuerais lo que se llamaba siervos de la gleba; vuestro señor y vosotros seríais cristianos, aceptaríais la misma moral, temeríais las mismas penas y esperaríais las mismas recompensas eternas, pero él tendría derechos sobre vuestro trabajo y sobre vuestro honor, y vosotros estaríais sujetos por la ley á la servidumbre y al vilipendio. No esperaríais que una ley posterior derogase aquella á que estabais sujetos, sino que, envilecidos y sumisos, haríais cuanto de vosotros se esperaba, y si acaso en alguno de vosotros, desde el fondo del sufrimiento, brotaba una chispa de indignación y quería reivindicar su honra ante la ofensa señorial inferida por el *jus prima noctis*, le quedaba el recurso del duelo judicial.

Reproduciría aquí de buena gana un capítulo de *Los Hijos del Pueblo* en que, fundado en documentos auténticos, hace Eugenio Sue una descripción de aquel duelo. ¡Aquello taladra el corazón! No puedo hacerlo ni sé extractarlo. Sólo os diré que un señor ladrón y soberbio se ve ofendido por su siervo, quien, herido en la fibra más delicada del sentimiento, arranca de su debilitado cuerpo feroces energías, y en una liza á que concurren la nobleza y la canalla, comparece el señor á caballo y armado de punta en blanco, y el siervo, descalzo, vestido de andrajos y armado de un palo: vencido, el infeliz había de morir; vencedor, había de ser metido en un saco y arrojado al río, y esto bajo los responsos y ceremonias del cura.

Pues vivís en el siglo xx, una treintena de repúblicas existen en el mundo; no sé cuantas monarquías constitucionales, y muy pocas absolutas, entre ellas, la principal, Rusia, á punto de acabar, porque el espíritu democrático se extiende por todo el mun-

do. Las tinieblas de la Edad Media se han desvanecido ante los incesantes progresos de la ciencia; hoy la fisiología ha acorralado á la teología; ya no hay en el cuerpo humano sitio para el alma, ni en el universo un mal rincón donde colocar el cielo ni el infierno; el telescopio, el microscopio y el cálculo han tomado posesión del Cosmos, y la unidad de la materia, tanto como la parte sana del sentimiento, proclaman científicamente la igualdad entre los hombres y, por consiguiente, la fraternidad. Y entre tanto hemos podido leer en el balance científico del siglo xix, hecho por Hækel en *Los Enigmas del Universo*, que es maravilloso el progreso de las ciencias mientras nuestras instituciones sociales permanecen en estado de barbarie. Y traigo á colación el testimonio de este sabio para que no se diga que escribo por inspiración de exagerado sectarismo. Con ese apoyo puedo decir que en las grandes y prósperas repúblicas el pauperismo es mayor que en las monarquías pobres, que el título de ciudadano sólo tiene valor desde burgués arriba, que el que no consta en el registro de la propiedad y sólo está apuntado en el registro civil es materia de explotación tremenda, mayor cuanto más despabilada es la clase privilegiada de una nación, y que si el esclavo y el siervo de otras edades trabajaban y sufrían, tenían pan seguro al lado del pesebre de las bestias del amo y del señor; pero el proletario del día trabaja hasta que se llenan los almacenes, hasta que se inventa una máquina, mientras su burgués tiene interés en explotarle, y cuando no, á la calle, y sin tener la menor seguridad de vida, sufre hambre, desnudez, ignorancia y cuernos, sin que le quede siquiera el desahogo de citar á su tirano al duelo judicial. Cierro el cuadro con el testimonio de un sabio, muerto hace poco y bien conocido en Barcelona, el doctor Giné y Partagás, quien ha escrito: «En nuestros días no existe la esclavitud sostenida por la fuerza: pero aun hay una presión de arriba, que pugna fuertemente con una presión de abajo; es la lucha entre el capital y el trabajo. No ha habido más que un cambio de dinastías metálicas: el oro ha reemplazado al hierro. No hay cadenas para el trabajador, pero en cambio vive á merced del poseedor del capital acumulado.»

Bien sabéis esto, trabajadores republicanos españoles; no hay ignorancia posible ante hechos tan patentes y tan constantemente repetidos; ni indiferencia tampoco; lo que hay es pesimismo fatal, desconfianza en hallar remedio á mal tan grave, ó cándida confianza en los emplastos políticos, que han agravado los efectos del mal en vez de curarle en algunas repúblicas.

¿Qué hacer, pues?

¡Alto aquí! No se haga esta pregunta con el ánimo decaído, sino con propósito de inquirir, de averiguar, de saber para luego obrar.

No os daré yo un remedio en una receta; menos os lo dará un candidato. Le has de hallar tú mismo, lector, pensando, sumando y multiplicando tu pensamiento con el de tus compañeros; capacitándote bien de que si eres una unidad para sufrir el vilipendio de la explotación, eres también una unidad para el conocimiento de la solución del problema social y para la gloria de su aplicación práctica, y que si tú y todos los otros que están en tu caso no lo hacéis, los otros, los de arriba, por más que adelanten el saber, por buena fe que tengan, todo lo dejan correr por el albañal inmundo de la usurpación propietaria.

Conque al estudio, á la asociación, á la actividad racional, á no repetir el vergonzoso ¡viva Fulanooo!, á despojarse del entusiasmo por sugestión de la masa fermentada de que sale el pan del arrivista, y á vivir, en la seguridad de que sentirás goces inefables al verte dignificado ante tu propia consideración.

Eso es lo que en último término y principalmente desco á mis lectores para su bien y para el de la humanidad.

ANSELMO LORENZO

Barcelona 2 diciembre de 1906.

## La opinión del público

Cuando un ciudadano, ó un grupo de ciudadanos, quiere hacer triunfar una reclamación dirigida á las autoridades, reivindica el apoyo de la opinión pública.

Actualmente la opinión pública es la de media docena de capitalistas que son dueños de la gran prensa y explotan la credulidad de sus lectores, haciéndose pagar por los especuladores y por el gobierno.

Al abrigo de estos chanchullos debería existir la opinión del público.

Mas para que el público tenga una opinión es preciso que se le informe.

Pero ¿quién ha de informarle, si todos los diarios pertenecen al mismo bando y nadie, ó casi nadie, lee las pocas publicaciones que intentan vivir diciendo la verdad?

¿Cómo ha de tener el público una opinión, si en lugar de aplicar la crítica del buen sentido á las burdas inverosimilitudes que le sirven, encuentra más cómodo aceptar como artículo de fé todo lo que está impreso en «su periódico»?

Y luego, es tan mal visto no ser de la opinión de «todo el mundo.» Denota una tan mala educación el discutir á cada paso, en vez de opinar como todos y citar los refranes que constituyen la sabiduría de los pueblos.

Es tan agradable vivir siempre en paz con sus conciudadanos y merecer la estima de los vecinos y de la portera.

Desgraciadamente, la medalla tiene su reverso. Vienen las contrariedades, os véis reducidos á la necesidad de acudir á vues-

tros amigos, á la portera, á los vecinos, á los conciudadanos para que protesten con vosotros contra una injusticia de que sós víctimas, y os encontráis con que ellos, que no la han sufrido, continúan pensando que todo va bien y sólo pueden aconsejaros que tengáis paciencia y que no os rebeléis contra el orden de cosas establecido, que os satisfacía á vosotros mismos poco antes.

Si insistís, se os hace comprender que, en vuestro oficio ó empleo, no habéis dejado de lesionar más ó menos los intereses de ese público cuyo apoyo reclamáis ahora.

Acordáos de la huelga de los carteros de impresos. Se compadecía un poco á esos proletarios del funcionarismo poco remunerados y con frecuencia sobrecargados de trabajo; pero se recordaban las propinas, los retardos en la distribución del correo, la desaparición de prospectos; hasta se hacía participar á los carteros de la antipatía, muy justificada, que goza nuestra administración de correos cuya desorganización permanente distingue á la Francia entre la mayoría de las naciones.

De ello no tienen la culpa los agentes ni los empleados inferiores, naturalmente. Pero no puede entregarse á minuciosas investigaciones. Y no es culpa suya si, pagándolo muy caro, el Estado le sirve mal, por gastar en otras cosas los sobrantes del presupuesto de comunicaciones, después de retribuir mal á los empleados que, por ser pocos, han de hacer un trabajo excesivo. El público sabe solamente que horas enteras tiene que hacer cola ante un ventanillo para enviar un paquete, que es tratado con descortesía por el señor que está detrás del ventanillo, que se exageran caprichosamente las formalidades para la operación más sencilla, que en la mayoría de las oficinas de provincia se abren las cartas para saborear *en petit comité* su contenido y que si se quiere hacer pasar una carta de un punto á otro directamente, sin servirse de esa administración incapaz del Estado, uno se expone á que le impongan una fuerte multa.

He aquí algunas de las mil razones que inducen al público á mostrarse indiferente y más bien hostil ó las reivindicaciones, por más justificadas que sean, de los desgraciados y de las desgraciadas que han entrado en ese presidio de la administración postal.

Lo mismo sucede, más ó menos, en todas las administraciones, en todos los servicios, públicos ó privados.

Los proletarios han olvidado demasiado este punto de vista, en su lucha contra los explotadores.

Hasta hoy no han visto otra arma que el sindicato, como preparación á la lucha, y sólo en el momento del conflicto, cuando sienten que todos los poderes se han coaligado para aplastarles, entonces dirigen su llamamiento á la opinión pública.

Era antes que precisaba atraerse la opinión favorable del público.

Si cada empleado, cada asalariado tuviese siempre por norma el salvar los intereses del público enfrente de los del patrono que le enreda con ellos, el público, por flojo y negligente que sea, ayudaría, al menos con la fuerza moral de la opinión y la simpatía, á los asalariados en sus luchas con el patrono. Pero en tiempo de paz, los asalariados no quieren revelar los canchullos con que se enriquecen los patronos en detrimento del público, ni enseñar á este los medios de defenderse, ayudándole á esquivar las molestias y los gastos inútiles. Esos asalariados se esfuerzan solamente por obtener para sí mismos las mejores condiciones posibles.

Después de cada huelga afortunada para los asalariados, quién paga los gastos? Es el patrono obligado á ceder? No; es el público que ve aumentados los precios de compra.

De modo que cada victoria de un pequeño grupo de asalariados se convierte en una derrota para todos los que constituyen la masa de compradores, mientras que los ca-

pitalistas no ven disminuir ni en un céntimo el rendimiento de sus capitales.

He aquí por que justa razón cada huelga actual es una lucha circunscrita entre un empleador y sus empleados para saber cual será en adelante la parte que corresponderá á los unos ó al otro de los despojos del público.

Que éste se desinterese del resultado de esta lucha en la que es por adelantado y fatalmente el eterno vencido, es demasiado comprensible!

El público sólo pide una cosa: que estas luchas se repitan lo menos posible, puesto que mientras duran tiene que sufrir ó aumento de precios ó cierre de tiendas, que se traduce por falta de comestibles, y luego, acabada la lucha, continua pagando más caro.

Es exactamente la situación de los habitantes no beligerantes de un país que es teatro de una guerra. Saqueados por los combatientes de ambos bandos, sometidos á tarifas extraordinarias, expuestos á violencias y obligados, cuando viene la paz, á pagar los gastos de la guerra, esos desgraciados sólo desean luego una cosa: que reine siempre la paz.

La guerra entre naciones es una carnicería sin motivo, un derroche de fuerzas vivas sin compensación.

La guerra social, por el contrario, es un resultado ineludible de una organización que bastardea todas las leyes naturales.

Se trata pues, para los que más sufren por causa de esa organización, de atraerse el apoyo de toda la masa de los explotados contra el pequeño grupo de los explotadores.

Bajo este punto de vista, el objeto de una huelga debe ser mucho menos el obtener algunas ventajas materiales que el hacer sentir, cada vez más vivamente, á todo el público, la necesidad de tomar partido en la lucha.

Cuando todos los individuos, de todas las condiciones y posiciones sociales, se hayan visto obligados á escoger su campo, se habrá dado el paso mayor hacia la solución definitiva.

Los asalariados de todos los órdenes se negarán á enriquecer á sus enemigos, los patronos, y harán causa común con sus compañeros.

No es con pasquines ni con discursos como se adelantará esta acción. Son los actos de cada día de cada proletario consciente.

Los empleados de Dufayel han dado un buen ejemplo denunciando al público, en el momento de la huelga, el tráfico vergonzoso de que era víctima por parte del patrono usurero, é indicándole los medios de no pagar. Esto habría sido aun mejor hacerlo antes de la huelga.

Se trata para cada uno de vivir, desde ahora, como se habrá de vivir en una sociedad bien organizada, practicando la ayuda mutua contra los poderes dañinos. ¿Cuándo emprendemos este buen camino?

MICHEL PETIT

## Anselmo Lorenzo

No es una profanación el dar á la publicidad las penas íntimas, porque nuestro público no son los indiferentes que pasan junto el dolor sin emocionarse, sino que son los amigos, los que como nosotros piensan y sienten y por lo mismo no podemos negarles el derecho á la alegría y á la pena que nosotros experimentamos.

Anselmo Lorenzo ha visto interrumpida la felicidad relativa de la vida doméstica; el compañero de la hija mayor de nuestro amigo ha fallecido, dejando á la viuda con tres pequeñitos.

Al anunciarnos, por este motivo, la sus-

pensión de las *Cartas de propaganda* que ha venido publicando en nuestro periódico, nos escribe particularmente: «Trabajo mucho y quisiera trabajar más para atender á esta familia desgraciada, al mismo tiempo que sirviendo á las ideas: aunque con la pluma, única herramienta que puedo usar y propagando ideas anárquicas, no es fácil lograr lo que me propongo. No obstante lo intentaré...»

¿Por qué publicamos esto?—Pues porque, como decimos arriba, nuestros compañeros tienen derecho á sentir con nosotros; además, porque pensamos que exponer las dificultades que agobian á la inteligencia y á la actividad es el mayor insulto que podemos dirigir á la sociedad actual, que tantas facilidades para enriquecerse ofrece á los necios de mala fe, á los grandes bandidos.

## ¡Correccional!

Atenas, faro de la civilización antigua y asiento de la libertad, tenía en su seno seres humanos sin consideración social, llamados esclavos, que se distinguían de los demás hombres por su cara afeitada y su cabeza rasurada. El pelo era signo de libertad. Los ciudadanos libres dábanse á conocer por su barba y sus melenas.

Han cambiado los tiempos y las palabras; pero subsiste el fondo de las cosas. En el siglo xx, en una sociedad que blasona de humana y civilizada, se conserva la misma costumbre: el esclavo, ó digase el preso, pierde el pelo con su dignidad social.

La vida del preso no es para descrita en un artículo, ni en diez, ni en veinte. Merecería un libro que hiciese llorar á la humanidad.

Separado de la sociedad, privado absolutamente de cuanto significa civilización, sin percibir los latidos de la vida más allá de los tétricos muros, arrastra el preso su existencia miserable.

La ropa envejece sobre su cuerpo, y como es pobre, porque para los ricos hay otra justicia y no vienen por acá, acaba por hacerse inservible y el cuerpo queda en descubierto, desafiando la crudeza del frío en invierno y los ardores del sol, del Febo de los poetas, en verano.

El que entró sano y robusto, se debilitará sensiblemente hasta que la tisis se apoderará de su organismo, destruyéndolo en poco tiempo.

La comida es una bazofia incomible é indigestible, compuesta de unos pocos garbanzos poco menos que crudos, otras tantas habichuelas tan malas como los garbanzos y tres ó cuatro pedacitos de patata, todo esto anegado en agua, y luego un pan que para comerlo se necesita la dentadura de un lobo. ¿Es alimento suficiente para un hombre?

El que trabaja para proporcionarse un pequeño suplemento para no reventar de hambre, ha de contentarse cobrando de un diez á un treinta por ciento de lo que se paga la mano de obra á un trabajador libre.

La celda es una habitación de unos cuantos palmos cuadrados, con un jergón casi vacío de paja, pero lleno de mugre que dejaron los tísicos, los escrofulosos, los sífilíticos, etc., que durante años durmieron sobre él. A dos pasos de la cama se halla el retrete; lo que no se halla es agua para limpiarlo, de modo que cualquiera puede imaginarse el perfume de la habitación. La manta es un guñapo sucio y raído, que no está convertida en un hervidero de microbios porque las bajas temperaturas que aquí gozamos no permiten tales manifestaciones de la vida.

Dirán los sentimentalistas que eso es monstruoso y que deben enfermar y morir muchos, gracias á las malas condiciones de

las cárceles. A eso contes'taré lo que decía un juez de Barcelona á un inocente que pedía en vano justicia: si usted se desespera, decía el honrado juez, y se suicida, no será una desgracia muy grande.

Busca uno la soledad, con objeto de aprovechar el tiempo leyendo y evadirse del ambiente de corrupción y miserias, y se encierra en su celda (gracias que me lo permiten). El frío y el aguijón del estómago vacío no dejan funcionar el cerebro; largas noches pasan sin poder conciliar el sueño, pensando en los míos, en mi compañera, en mi hija, abandonadas en el arroyo, que se acostarán sin haber cenado, que tal vez les falte un pedazo de pan para entretener la vida.

Es inútil que se persiga al vicio cuando lo imponen las leyes y la fuerza. Tantos hombres jóvenes, en plena edad viril, apartados de pronto del trato de mujeres... ¿cómo extrañar que algunos tengan menos voluntad, menos dignidad, y se entreguen á vicios repugnantes? Más culpable que ellos es la sociedad que tolera esos abominables regímenes carcelarios.

Por otra parte, hay aquí viciosos, corrompidos, degenerados, pero hay también muchos hombres dignos, muchos inocentes, víctimas de maquinaciones infames. Al juez que comete una injusticia no le sale una marca en la cara.

Yo estoy condenado á muerte á SIETE AÑOS de muerte lenta, sin contacto con la humanidad, por haber escrito un artículo que mi conciencia no puede rechazar.

Esta muerte la estoy sintiendo apoderarse de mí un poco más cada día. Los amigos, unos hoy, otros mañana, van dejando de escribir; se van rompiendo los lazos que me unían al mundo de los vivos...

Cuando salga, después de siete años de agonía, estaré solo, sin fuerzas morales, físicas ni intelectuales para sostener los rudos embates de la lucha por la existencia.

Y todavía se quejan de que aumenta la delincuencia, y estas palabras las oye impasibles la misma humanidad que tolera en su seno ese monstruo llamado el *presidio*. ¡A esto le llaman sistema *correccional*! ¡CORRUPTACIONAL sería mejor decirle!

MIGUEL MARTÍNEZ

Cárcel Modelo de Valencia.

## Arte y política

No tenemos para qué convertirnos en paladines de don Joaquín Dicenta. Si *El Bien Público* cumple su misión atacándole, nosotros no tenemos la de defenderle. Pero ya que todos hablan, con ocasión del estreno de «Aurora» en el Teatro Principal de esta ciudad, hablemos nosotros también.

En primer lugar debemos decirle al diario de los conservadores que no son libertarios ni el citado autor, ni su drama, ni Perez Galdós, ni su «Electra». Como que Galdós ha sido nada menos que diputado de la mayoría, quizá lo es ahora, votando *si ó no* á gusto de los Gobiernos de la Restauración. Por ofender al uno y por alabar al otro no tenía *El Bien Público* necesidad de levantarles falsos testimonios, ni de mezclar al libertarismo en estos pasos de comedia.

Al diario conservador le hace mucha gracia el teatro de ideas. No está mal que se ría, porque así tal vez se le mejorará el carácter. También nosotros hemos reído al ver que tomaba en serio al pie de la letra las palabras con que el gran Ibsen obsequió á sus críticos. Pero mejor sería que el diario conservador nos explicase lo que es arte y lo que son ideas.

Porque las palabras vacías, que no entrañan un pensamiento, una idea, no pueden constituir una bella obra literaria.

En el teatro y en todas partes, en el arte literario como en todas las artes, sólo son grandes aquellas obras en que el autor ha puesto sus sentimientos, sus pasiones, sus ideas, su alma entera. Y esto no con limitaciones señaladas por la crítica, sino «libremente», como dice el mismo *Bien Público*, «sin prejuicios, sin trabas enojosas, sin poderse sugetar á un pie forzado.» Si luego viene la crítica y encuentra en la obra tesis que condenar, el artista contesta lo que contestó Ibsen.

Para crear una obra de arte, en cualquier de las artes, lo que verdaderamente se necesita es arte. Creemos que esto es bastante claro.

Si la novela *Pequeñeces* del padre Coloma resultó muy mala, no es porque tuviera tesis, sino porque al autor, que antes había escrito unos cuentecitos muy monos, le faltaron alientos para su obra maestra, que le hirió, en vez de colocarle entre los inmortales.

En cambio el más celebrado escritor castellano, Cervantes, ¿conoció esa teoría del arte por pura diversión, sin otro fin que el deleite? ¿Puede acaso decirse que su *Quijote* carezca de pensamiento?—Y no diga *El Bien Público* que buscamos los ejemplos entre los modernos revolucionarios!

No abomina el diario conservador de «Aurora» porque tenga tesis. Censura y maldice porque no le gastan las ideas que ha puesto Dicenta en el drama. *El Bien Público* no quiere que las personas piadosas sean presentadas como son en la realidad, portentosas de hipocresía, que ocultan bajo el manto de la religión pasiones vergonzosas y crímenes repugnantes.

El mal no está en Dicenta; todo el que copie de la realidad de la vida hallará estos tipos. ¿Tiene culpa el artista si emplean la piedad como tapadera los que tienen algo feo que ocultar?

También le indigna al diario de los conservadores que la gentuza, «los sabios y las obreras», sean considerados criaturas superiores, mientras que la señorita Matilde, hija de una familia cristiana como much: s de por acá, se nos presenta en las tablas hipócrita y viciosa.

Contenga *El Bien Público* sus bríos; no les conviene á las clases conservadoras la comparación entre las señoritas y las criadas. ¿Por qué?—Pues por lo que en el primer acto de «Aurora» dice la compañera de ésta, Petra:—«Sí, mujer; ¿qué saben ellas de sus criados? lo que sus criados les quieren decir. ¿Qué sabemos nosotros de ellos? »Pues toó; sus secretos y sus trampas y sus inominias y sus ruindas. Calcula quien puede reirse mejor.»—¿Ha comprendido el diario de las clases conservadoras?

Es muy sencillo hablar de la «prosa vulgar y chavacana» de don Joaquín Dicenta. Es muy fácil reirse «de la ciencia y del progreso y de la humanidad nueva y de otros tantos y desacreditados lugares comunes.» La pluma escribe con la misma facilidad que si escribiese juicios acertados y dá gusto al vulgo de los conservadores y de los reaccionarios, á ese vulgo limpio de toda noción de ciencia y de todo sentimiento de arte, pero lleno de bajas pasiones. No es en los teatros solos donde se hace aplaudir á la galería.

Lo que no creemos tan fácil ni tan sencillo es conseguir que *El Bien Público* nos razone su enemiga contra el teatro de ideas, en el que ha metido á Dicenta excluyendo á Ibsen y á Galdós.

Y vaya, para terminar, otra pregunta: ¿Cree *El Bien Público* que el drama «Aurora» de don Joaquín Dicenta, tan duramente tratado por el diario conservador, es más revolucionario que la comedia «El amor que pasa», de los hermanos Quintero, que el mismo diario alaba y nos presenta en comparación para hundir más al otro?

## Unión es fuerza

*Para los obreros toneleros no federados*

Una idea que en mí es una constante preocupación me induce á escribir estas líneas, no para hacer un artículo más de los muchos que en pro de la causa obrera vienen publicándose, sino para intentar un algo que pueda solidarizarnos en una aspiración común, para ir juntos por el camino de las reivindicaciones y unidos en la lucha á la conquista de nuestro derecho.

Es innegable que en las luchas que el proletario sostiene contra el capital, si el obrero no cuenta con la cooperación de los suyos, si no están organizados y además compenetrados de lo que es y significa la Sociedad, pocas veces, por justas que sean las demandas, son éstas alcanzadas. Lo que viene á corroborar el axioma de que la Unión es fuerza y querer es poder.

En las actuales circunstancias en que todos se confabulan en contra del obrero consciente; hoy que la fiera burguesa, por virtud de las leyes atávicas que rigen los destinos de este país y que tanto favorecen la desmedida ambición burguesa, cual ave de rapiña que extiende sus alas por el espacio, para desde la altura en que la coloca la protección gubernamental caer sobre las Sociedades obreras con el fin de destituir las; en tales circunstancias, precisa que todos los obreros se agrupen en torno de su Sociedad si no quieren que ellos y sus familias mueran de hambre y miseria, por falta de pan que llevarse á la boca.

Es preciso agruparse; pues la redención del obrero ha de ser obra del obrero mismo, y si los obreros al agruparse son respetados por el burgués, si la Sociedad constituye una fuerza que se opone á la ambición burguesa, si esto es, vale y alcanza una Sociedad obrera dentro el campo de acción de una localidad; ¡cuánto más valdrían y alcanzarían dentro de una Federación!

En las luchas contra el capital, no puede nunca el esfuerzo individual lo que el colectivo. Si, pues, la unión es fuerza; si la redención del obrero ha de ser obra del obrero mismo, según nos demuestra la ciencia sociológica, ¿por qué no ingresamos todos en la Federación para alcanzar en casos de lucha la cantidad de derecho que por ley natural nos corresponde?

Los obreros toneleros tienen el campo abierto para poder luchar con más ventajas que otros oficios, ingresando en la Federación de «Oficiales toneleros Españoles» de la que forman parte más de 25 Sociedades, la cual cuenta largos años de vida, y para probarlo basta sólo saber que lleva celebrados 34 Congresos, y que su radio de acción alcanza desde Cataluña á las provincias Vascongadas.

¡Compañeros toneleros! ¡Unión es fuerza y luchar es vivir!

J. T. A.

Grao, Valencia. Noviembre de 1906.

*En vano el pueblo derriba sus verdugos para encumbrar á sus ídolos; los ídolos de hoy son mañana sus verdugos.*

PI Y MARGALL

## Tribulación

### A los ricos.

Yo os aseguro que hay un hombre cuyos hijitos pasan hambre, que busca afanosamente trabajo con que ganar el sustento, y no lo encuentra... Sale de su casa al alborar, vuelve á la noche desesperado, desfallecido... Sus pequeñuelos gimen pidiendo pan... punzados por el frío y el hambre, se duermen en el puro suelo en un rincón, apiñaditos... La miseria arrambló con todo: con los escasos muebles, con las miserables ropas, con los pobres lechos...

La mujer ha estado lavando en una casa, le han puesto de comer y no ha probado bocado...

—¡Coma usted!—le han dicho.

—No tengo ganas—ha contestado—, me lo llevaré para mis nenes...

El otro día, uno de los pequeñines se puso enfermo... la madre salió dispuesta á pedir limosna... ¡volvió llorando!...

Y pregunto: esta sociedad mesurada, de orden, enemiga de toda perturbación, que tiene guardia civil que garantice sus sagrados intereses, sus reposadas digestiones y su dormir tranquilo, ¿qué ha previsto para evitar desdichas como ésta? ¿qué medios legales ofrece á ese infeliz padre para que salga de su triste situación? Como éste hay casos infinitos.

Tenemos asilos y hospitales para los desvalidos y enfermos... ¿y para los hombres sanos y fuertes que carecen de trabajo y de sustento?

Ese hombre no tiene más que dos caminos: ó la violencia que castigan las leyes, ó dejar que sus hijos se mueran de hambre. ¿Qué debe hacer?

Ricos, hombres mesurados... ¡contestad vosotros!

VICENTE MEDINA

## ¿Quiénes usan la violencia?

El Padre Eterno quiere aterrarnos, el Hijo nos da preceptos, el Espíritu Santo nos exige obediencia, el papa nos maldice, el obispo nos excomulga, el canónigo nos comina, el cura nos demanda, el fraile nos provoca, el jesuíta nos injuria, la beata nos calumnia, el sabio oficial nos desautoriza, el burgués nos hace trabajar por la imposición más de lo justo y posible, el polizón nos persigue, el juez nos procesa, el fiscal nos acusa, el jurado nos condena, el guardia civil nos ata y conduce de prisión en prisión, el carcelero nos entierra vivos, el ministro se afana por multiplicar el número de nuestros perseguidores, el diputado hace represivas leyes especiales para nosotros, el gobernador prohíbe nuestras hojas impresas y nuestras reuniones públicas permitidas hasta por la ley, el vulgacho ignorante—compuesto con los últimos detritus de todas las clases sociales—nos odia sin conocernos y nos hace la cruz sin saber lo que deseamos, el espiá nos traiciona y vende, el verdugo nos atormenta y asesina, todos, todos los que dicen ser enemigos de la violencia y tener la alta misión de impedir la y combatirla, nos violentan sin cesar más ó menos furiosamente; ¡y sólo porque anhelamos que no se violente á nadie, que todos trabajen, que todos consuman, que todos gocen, que todos vivan, que todos se perfeccionen! ¡sólo porque luchamos por el advenimiento de una sociedad libre, feliz, hermosa, florida, grande, culta, humana y fraternal!

Y ante estas realidades, repetidas á diario, ¿habrá quién tenga la desfachatez de hablar de la violencia de los anarquistas? Siendo, cual somos, los eternos violentados, ¿hay quién osa acusarnos de violentadores? Sólo un idiotismo, una ignorancia ó una perversión desmedidas pueden llegar á tanto.

BLÁZQUEZ DE PEDRO

## ECOS Y COMENTARIOS

En Ciudadela celebróse el día 8 un mitin anticlerical. Hablaron el director de *La Voz de Menorca* señor Orobitg y nuestro compañero Manent.

Habló el primero contra la iglesia católica y el segundo contra todas las mentiras religiosas.

Los curas, ayudados por sus mujeres y por los maridos de sus mujeres, quieren demostrar al gobierno que todavía son dueños de las masas. Con este motivo andan recogiendo firmas, más ó menos auténticas, y menos mal donde no son auténticas, pues mucho menos malo es falsificar unas cuantas firmas que obligar á los infelices á que firmen bajo la amenaza de privarles del jornal y de todos los medios de vida.

Mientras los curas y sus acólitos se contenten con esa ridícula comedia de la agitación ficticia contra la Ley de Asociaciones, nos reiremos y basta; pero si molestan demasiado les daremos alguna dura lección.

\*\*

Con el objeto de poder reorganizar la Cámara Regional de Sociedades Cooperativas de Cataluña y Baleares, en virtud de acuerdo tomado en la Asamblea celebrada en 11 de Marzo del presente año en el Palacio de Bellas Artes de Barcelona, la Comisión Central Auxiliar llama la atención de todas las Cooperativas para que se pongan en relación con la misma enviando un ejemplar de los estatutos, reglamento ó contrato por qué se rijan,

Pueden dirigirse las adhesiones y consultas á *El Cooperador Cooperatista* calle Lancaster, 19, bajos—Barcelona.

## PAPEL IMPRESO

Verdaderamente interesante bajo todos conceptos es la última obra que nos ha remitido la importante Casa Editorial F. Sempere y C.<sup>a</sup>, de Valencia.

Titúlase *Simulación de la locura ante la Criminología, la Medicina Legal y la Psiquiatría*, y su autor es el notabilísimo médico argentino don José Ingenieros, tan ventajosamente conocido por sus anteriores producciones científicas y sociológicas.

*Simulación de la locura*, de la que en Buenos Aires se han agotado tres numerosas ediciones creemos que también ha de tener gran aceptación en España, viendo recompensados sus afanes los editores, que se proponen dar á conocer en Europa las principales obras científicas de los mejores escritores americanos.

Se vende en todas las librerías al precio de tres pesetas.

*Redención Económica*.—Con este título ha publicado un nuevo libro el fecundo escritor don Ubaldo Romero Quiñones.

Se ha editado en la tipografía de *La Lucha*, de Vigo, y se vende al precio de una peseta.

*La Revista de Menorca* que publica el Ateneo de esta ciudad ha publicado el nú-

mero de noviembre con el siguiente sumario:

*Disquisiciones sobre las enfermedades infecciosas*, L. Pons Marqués.—*Les archives de Minorque*, I. Lameire, Catedrático de Derecho de la Universidad de Lyon.—*La pesca de la langosta*, J. Ferrer Aledo.—*Bibliografía*, Luis Carbó, J. Pomar. Acevedo.—*Observaciones Meteorológicas de Octubre*, Hernández Ponsetí.—*Noticias*.

FEDERICO NIETZSCHE.—*El Anticristo*, *La Gaya Ciencia*, *Aurora*.

Son los títulos de tres obras nuevas que en su acreditada colección de libros populares acaban de poner á la venta los editores F. Sempere y C.<sup>a</sup> de Valencia, quienes publicaron anteriormente *Así hablaba Zaratustra* y *La genealogía de la moral*, y antes de fin de año prometen tener publicadas todas las del mismo autor.

Nietzsche es ya muy conocido y ha sido muy discutido. Alguien le ha llamado anarquista, porque resulta disolvente de la vieja moral y de las ruinosas instituciones sociales. Sin embargo, lejos de ser anarquista, es mucho más burgués que los tradicionalistas, porque si destruye lo viejo y carcomido, lo que ya no sirve, es pretendiendo dar nuevos fundamentos, con apariencia científica y filosófica, á la explotación del hombre por el hombre y á la esclavitud de los trabajadores.

Es para nosotros un enemigo; pero hay que leerle. No se pueden despreciar sus libros como los de los conservadores rutinarios.

Cada uno de estos libros de la casa Sempere se vende al precio de una peseta en todas las librerías.

*Regeneración Proletaria*, por Manuel Vignare Español.

Es un folleto donde se hace consistir la regeneración de la formación de cooperativas y de la política del partido federal con el programa socialista.

Quizá sea muy bueno, pero nosotros no lo entendemos.

## CORRESPONDENCIA

Barcelona.—P. «La Solidaria». Recibido 4 pesetas.

Sevilla.—J. Ch. y M. S. Cambiamos dirección.

Martos.—R. C. C. No hemos recibido la libranza que dices. Conviene saques una segunda. Envío folletos y cambio dirección.

Bilbao.—S. F. Recibido 10 pesetas, 4 de ellas para *La Voz del Cantero*. Tomamos nota para cuando se publiquen los folletos.

Santa Cruz de Tenerife.—G. «Salud y Progreso». Recibido 27 pesetas. Conforme con liquidación.

Manlleu.—R. Ç. Enviamos paquete desde este número.

Béjar.—J. M. B. Recibido 6'10 pesetas; una para presos. Los sueltos irán en el próximo número.

## Biblioteca de

### «El Porvenir del Obrero»

- 1 *La Ganancia—Consideraciones generales según el criterio libertario*, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.
- 2 *El Patrimonio Universal—Conferencia sociológica*, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.
- 3 *La Anarquía*—por Elíseo Reclus; 15 céntimos.
- 4 *La Mujer—Consideraciones generales sobre su estado ante las prerrogativas del hombre*, por Teresa Claramunt; 15 céntimos.

Imprenta de «El Porvenir del Obrero»—Castille 170, Mahón.